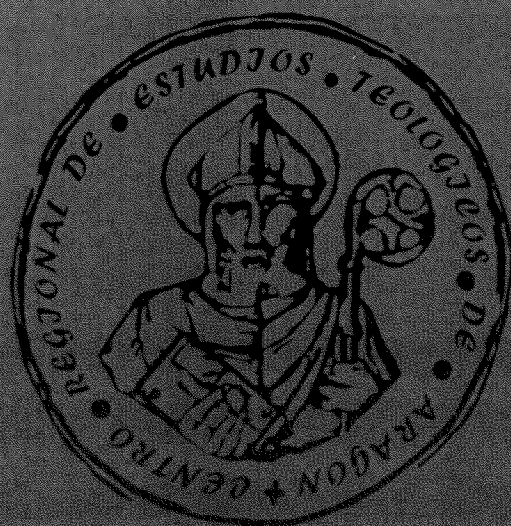


Revista Aragonesa de Teología

Año XX - Nº 41 - 2015

Enero-Junio



Revista Aragonesa de Teología

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2 0 1 5

Edita:

C.R.E.T.A.

Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:

José Alegre Aragüés

Comité de redacción:

Ernesto Brotons

José Ignacio Blanco

Luis M^a Torra

José M^a Andreu Celma

Administración:

C.R.E.T.A.

Ronda Hispanidad, 10

50009 Zaragoza

Telf. 976 467 378

suscripciones:
secretaría del CRETA

Confección y maquetación:

El arte de imprimir

Impresión:

Gráficas Salduba

C./ Alcalde Fatás, nº9 - Nave B

50410 Cuarte de Huerva

(Zaragoza)

ISSN: 1135-0447

Depósito Legal: Z-169-95

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
EDITORIAL.....	5
1. <i>La memoria de Jesús en el evangelio de Mateo</i> Estela Aldave Medrano	7
2. <i>Ester: la fuerza de la debilidad</i> María Ángeles Ruiz Blasco	17
3. <i>El libro de Judit. el origen de la esperanza</i> Mª Victoria Arruga Laviña	29
4. <i>La antropología filosófico-teológica de Eugenio d'Ors</i> <i>(a partir del estudio de José Luis L. Aranguren)</i> Carmen Herrando	45
5. <i>Las Beguinas no apagan la luz</i> Cristina Inogés Sanz	61
6. <i>Carta a un astrónomo</i> Joseph Ratzinger	81

EDITORIAL

Acabamos de iniciar los primeros pasos por este año 2015 y ya los zarpazos del terrorismo han hecho acto de presencia avisando de sus amenazas en el territorio de los países occidentales y recordándonos que, en sus propios países de referencia, han decidido una estrategia del terror como táctica de expansión hacia nuevos horizontes en los que no quieren presencia de otras religiones y, ni siquiera, de otras ramas de su confesión.

El continente africano está ya sumido en la advertencia de sus métodos y, en los próximos años, la convivencia que ha existido en algunas de sus sociedades entre musulmanes y cristianos, va a verse tensamente afectada por la presencia de grupos islamistas radicales que no aceptan la convivencia con religiones distintas. La preocupación es tan fuerte entre los líderes religiosos musulmanes tradicionales como entre los cristianos y provoca una tensa espera entre los políticos que, todavía, no saben como reaccionar frente a esta posibilidad.

Mientras tanto, los asesinatos en masa de personas sencillas, producen espanto en su entorno y no alcanzan a conmocionar a un occidente inmerso culturalmente en el recorrido que hay entre los grandes almacenes y los estadios de fútbol. Solo aquello que puede alterar la cómoda tranquilidad del consumidor aficionado merece una página en los medios o una decisión social. Un buen interrogante para la evaluación cultural de nuestro desarrollo.

En nuestras comunidades diocesanas se ha completado el relevo de aquel grupo de obispos que sustituyeron a las grandes figuras de los finales del siglo XX. Alguno de estos relevos ha suscitado más sorpresa y comentarios que otros. La sensación más general es de acogida esperanzada dentro de una visión preocupada por los muchos cambios que, urgentemente, deben acometerse para hacer posible una puesta al día de nuestras estructuras organizativas y, sobre todo, de nuestras mentalidades y actitudes.

Los muchos retos de nuestro mundo nos piden cambios más fuertes que el mero cambio de curas de un puesto a otro o el relevo de curas nacionales por otros venidos de fuera. El clericalismo es un fracaso como plataforma pastoral. La nueva evangelización pide el recurso a odres nuevos y el protagonismo de seglares que, bien preparados, como algunos lo están, asuman responsabilidades claras sin el proteccionismo desconfiado de la eterna sombra jerárquica cuya única obsesión es el riesgo herético o la presentación parcial del mensaje.

Por eso esperamos de nuestros nuevos obispos que hagan posible la integración de miembros distintos de la comunidad, la motivación ilusionante y positiva que restaure los decaídos ánimos, la adecuación de sus tiempos jerárquicos con los comunitarios y seculares, respetando, por supuesto, los ritmos de la evolución que todo lo referente al pensamiento, la cultura y la religiosidad necesitan.

Que protejan y promuevan la reflexión seria, inquieta y sincera de la fe que ya no puede cultivarse del mismo modo que antes de la Ilustración, invitando a todos y valorando la formación teológica profunda, ya hay un gran número de seglares teológicamente formados en Aragón, para poder asumir tareas de responsabilidad pastoral, de

animación comunitaria y de diálogo cultural y científico al que tan sensibles son muchas personas.

Una muestra es este número de la Revista Aragonesa de Teología. Mujeres de distintos ámbitos profesionales y culturales nos presentan sus trabajos con la naturalidad y cercanía de quien ha hecho una búsqueda, un descubrimiento, una tarea y, sorprendido del resultado nos ofrece su hallazgo, sin ánimo exhibicionista, más bien como oferta compartida de disfrute, como regalo solidario de caminante cuando consigue un refresco que entona el ánimo y se pasa de boca en boca para alegrarse.

La memoria de Jesús en el evangelio de Mateo

Rev. Aragón. Teol. 41 (2015)

Estela Aldave Medrano Creta (Zaragoza)

Todos los evangelios contienen la memoria de Jesús. Todos ellos, además, hacen una memoria especial de su vida y misión, de lo que dijo e hizo. Esta memoria tiene al menos dos finalidades. En primer lugar, hacer presente a Jesús en la comunidad para la cual fueron escritos; todos los creyentes, los de entonces y los de ahora, necesitamos recordar su persona, su enseñanza, sus actitudes de vida. En segundo lugar, rescatar, con fidelidad pero también con creatividad, aquellos rasgos que respondan mejor a las necesidades actuales de la comunidad. Así, podemos decir que los evangelistas escribieron con rigor pero también con libertad, porque quisieron que la figura de Jesús fuera significativa para el momento y circunstancias que les tocó vivir.

En las páginas que siguen nos fijaremos en algunos aspectos del evangelio, siempre en diálogo con la situación en la que vio la luz y a la cual intentó dar una respuesta. En primer lugar, pondremos nuestra mirada en la comunidad de Mateo, en la situación histórica y los conflictos que vivió, sobre todo con el judaísmo del momento. En segundo lugar, nos fijaremos en uno de los temas importantes del evangelio: el universalismo, esto es, su visión de que la salvación de Dios no está sólo dirigida a Israel sino a todos los pueblos. En tercer lugar, abordaremos la propuesta moral que hace Mateo y, finalmente, destacaremos algunos rasgos peculiares que presenta su relato de la Pasión, textos que traslucen, además del acontecimiento histórico de la muerte de Jesús, la propia situación de la comunidad, sus interrogantes y también sus fundamentos.

1.- Una comunidad en búsqueda de identidad y sentido

El evangelio de Mateo se escribió posiblemente en Antioquía de Siria en torno al año 80 d.C. La comunidad a la que se dirigió era mayoritariamente judeocristiana (es decir, la mayoría eran judíos que posteriormente habían creído en Jesús), aunque había también en su seno algunos gentiles. Estamos en condiciones de hacer esta afirmación por dos razones. En primer lugar, porque el evangelio presupone una audiencia judía, es decir, no es posible entenderlo si no se está familiarizado con las tradiciones judías, que aparecen constantemente: articulación en cinco discursos (que recuerdan los cinco libros de la Torá, de la Ley), el constante recurso al Antiguo Testamento, etc. Y en segundo lugar porque, como iremos viendo, uno de los objetivos de la obra es legitimar la apertura de la misión a los gentiles. Posiblemente algunos de ellos ya formaban parte de la comunidad, pero este hecho parece que no era algo aceptado

por todos. Esto podría explicar la aparente contradicción que encontramos entre 10,5 (“Estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones: «No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos»”) y 28,19-20 (“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”). Parece, por tanto, que la comunidad de Mateo está en una situación de cambio en la que es preciso tomar una decisión, y el evangelio pretende impulsarla a que abra sin miedo sus puertas y fronteras.

Como hemos dicho, Mateo se escribe en el año 80, lo cual significa que se encuentra en la segunda generación cristiana que los estudiosos sitúan entre los años 70 y 110 d.C. Esta generación vivió episodios clave, que influyeron determinadamente en su vida. En primer lugar, experimentó la desaparición de los testigos visuales de Jesús, lo cual provocó la necesidad de mantener su memoria; esto explica, entre otras razones, la puesta por escrito de los evangelios, que se produce en los cuatro casos en este momento. En segundo lugar, la destrucción de Jerusalén y del Templo a manos del Imperio Romano. Esta circunstancia generó, como vamos a ver a continuación, fuertes cambios en el judaísmo y, en consecuencia, en las comunidades cristianas primitivas.

La fuerte polémica con el judaísmo que refleja el evangelio de Mateo corresponde, no tanto al tiempo de Jesús, sino al de la comunidad. El judaísmo del que forma parte Mateo y con el que va a polemizar es el del periodo posterior a la primera guerra judía. Como hemos mencionado más arriba, en el año 70 d.C. el Imperio Romano conquistó y destruyó Jerusalén y su Templo, acabando así con la sublevación del pueblo judío. Todo esto ocasionó una fuerte convulsión, puesto que a partir de este momento la religión de Israel tuvo que comenzar a vivir sin los elementos que vertebraban: el Templo, el culto y el sacerdocio. El judaísmo tuvo que enfrentarse al reto de redefinir su identidad. En el tiempo de Jesús y todavía en el de la guerra.

el judaísmo era una realidad muy plural; en su seno había diferentes grupos con diferentes visiones sobre la Escritura, la escatología, la función del Templo, etc., aunque precisamente estos eran los fundamentos sobre los que se asentaba la identidad común. Tras la conquista romana, sin embargo, la mayor parte de los grupos comenzó a desaparecer y paulatinamente fue prevaleciendo la línea farisea. Las razones de este proceso son fáciles de comprender. El movimiento fariseo era un movimiento de tipo laico que promovía el cumplimiento de la ley en la vida cotidiana. Sostenía que la pureza podía estar al alcance de cualquiera; lo mismo la posibilidad de acceso a la santidad, sin estar necesariamente ligadas al Templo de Jerusalén. Dado que los fariseos no tenían tanta necesidad de los elementos que desaparecieron tras la guerra (a diferencia, p.e., de los saduceos, que requerían del Templo), podemos comprender que fuera precisamente el judaísmo de tipo fariseo el que sobrevivió; posteriormente adquirirá el nombre de “judaísmo rabínico”.

El evangelio de Mateo se escribe en el momento en el que el judaísmo está en crisis y redefiniendo su identidad, y refleja la existencia de dos grupos: los judíos de la sinagoga y los miembros de la comunidad de Mateo, también judíos, que están disputando una herencia común: las Escrituras (el Antiguo Testamento) y la de ser pueblo elegido; es decir, tanto unos como otros reivindicaban la legítima interpretación de la Escritura

y su condición de pueblo de la promesa, aunque Mateo con una peculiaridad: la comprensión de la tradición desde Jesús. Esto generó conflictos muy serios y posiblemente la expulsión de estos judeocristianos de la sinagoga. Al mismo tiempo, permite entender dos rasgos aparentemente contradictorios que encontramos en el evangelio. En primer lugar, su fuerte carácter judío (o judeocristiano). Como hemos señalado al comienzo, no podemos comprenderlo al margen de las tradiciones de Israel, ya que constantemente las está presentando e interpretando. Un ejemplo de esto lo encontramos en el dicho de 5,18, donde Jesús afirma: “mientras duren el cielo y la tierra no dejará de estar vigente ni una ‘i’ ni una tilde de la Ley sin que todo se cumpla”. En segundo lugar, este conflicto ayuda a comprender y contextualizar la dura caracterización que hace Mateo de los judíos, pese a ser él también uno de ellos. Uno de los ejemplos más claros lo encontramos en 23,14-36, una serie de durísimas afirmaciones sobre los fariseos y maestros de la Ley, a quienes se les llama hipócritas, guías ciegos, raza de víboras... Parece, por tanto, que ante la polémica y oposición de los miembros de la sinagoga la comunidad se vio obligada a afrontar el reto de redefinir su identidad y su horizonte de sentido; esto explica las rotundas descalificaciones que acabamos de señalar.

Es en este contexto donde tenemos que ubicar el evangelio de Mateo, que, además de recordar a su comunidad la historia y vida de Jesús, tuvo por finalidad definir, construir y sostener la nueva identidad de estos anteriormente judíos que ahora creían en Jesús y se encontraban en medio de un fuerte conflicto con sus anteriores compañeros. En este punto, las aportaciones que hacen las Ciencias Sociales y, en concreto, la teoría sobre la memoria colectiva, contribuyen a una mejor comprensión del alcance del evangelio.

La memoria colectiva significa mirar de una manera selectiva al pasado y también creativa, es decir, reinterpretándolo. Es, así, el recuerdo de determinados eventos con dos finalidades. En primer lugar, contribuir a la cohesión del propio grupo. La memoria colectiva tiene un propósito de generar identidad y sentido de pertenencia, lo cual implica también el establecimiento de unas pautas de comportamiento, esto es, una ética compartida. Visto a esta luz, el evangelio de Mateo tendría como fin proporcionar a su comunidad un pasado común para todos sus miembros (todos proceden de Israel y poseen sus Escrituras, todos han creído en Jesús, quien constituye el principio de interpretación de las antiguas tradiciones, se recuerdan sus obras y sus enseñanzas, etc.) y establecer las pautas éticas para la comunidad, es decir, las normas que definen el comportamiento del grupo. En lo que sigue trataremos de mostrar la forma en la que Mateo logra este propósito. La segunda finalidad de la memoria colectiva es generar lo que las Ciencias Sociales llaman diferenciación social, es decir, proporcionar todo aquello que un grupo necesita para diferenciarse de grupos adversarios, de modo que no vea tambalear su identidad ante situaciones polémicas. La memoria colectiva contribuye así a que cada grupo establezca sus propias fronteras de identitarias, las fronteras que necesita para sobrevivir en momentos de conflicto.

Este ejercicio de recuerdo común nos permite comprender la trascendencia de las antítesis del Sermón del Monte (cf. 5,21-48). En todas ellas encontramos un mismo esquema: “Habéis oído que se dijo ... pero yo os digo...”. Veamos, por ejemplo, la última de ellas, que encontramos en 5,43-48:

“Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”.

En las antítesis Mateo está haciendo memoria de los preceptos de la Ley judía, pero interpretados desde Jesús. Esta es la novedad de la fe de la comunidad, que enfatiza el aspecto del amor, del amor gratuito que hace amar incluso a los enemigos. El Jesús que nos presenta Mateo está profundamente arraigado en Israel pero, al mismo tiempo, interpreta su tradición religiosa con claves nuevas, a la luz de su propia imagen y experiencia de Dios. Y esta va a ser precisamente la razón de la polémica de la comunidad con el judaísmo.

2.- El Dios de Israel es el Dios de todos

Este título indica apertura y universalismo. Es lo que descubrimos en la genealogía de Jesús que nos presenta Mateo, justo al comienzo de su evangelio.

Las genealogías de la Biblia no pretenden darnos información de tipo histórico o biológico, sino mostrar el prestigio o el noble origen de alguien, en este caso, de Jesús, en cuya presentación destaca, ante todo y sobre todo, su arraigo en la tradición de Israel. Podemos decir que Mateo ha volcado en ella su propia teología.

En el origen de Jesús está Abraham, por quien, según Gn 12,3, serán bendecidos todos los linajes de la tierra, sin exclusión, y también David. En la genealogía, sin embargo, aparecen cuatro datos “extraños” que rompen su curso patrilineal: la presencia de cuatro mujeres, Tamar, Rajab, Rut y “la mujer de Urías”. Las historias de todas ellas son sorprendentes. Tamar, a quien encontramos en Gn 38,29, es una mujer posiblemente cananea que no cesa hasta lograr lo que, por su condición de mujer en aquella época, necesita: un hijo; de ahí que utilizando su astucia engañe a su suegro Judá para conseguir su propósito. Por su parte, Rajab es, según Jos 2; 6 una mujer de Jericó y prostituta, que ayuda y salva del peligro a los israelitas que acaban de atravesar el Jordán para conquistar la tierra prometida. Rut, a quien conocemos por el libro que lleva su nombre, es una moabita, del territorio tradicionalmente hostil de Israel, Moab, quien tras la muerte de su esposo decide acompañar a Noemí, su suegra, a Judá. La “mujer de Urías” no es en la Biblia una mujer anónima; su nombre es Betsabé (cf. 2Sam 11), y de ella se encapricha el rey David hasta el punto de que decide acabar con la vida de su marido para contraer matrimonio con ella; de Betsabé nacerá Salomón, quien heredará el reino de su padre.

Todas estas mujeres tienen en común su origen pagano, es decir, no forman parte del pueblo de Israel. Todas ellas, además, nos muestran que Dios es capaz de actuar más allá de lo que podríamos esperar; nos hacen ver las sorpresas que Dios depara,

y que requieren de unos ojos apropiados, desprovistos de prejuicios, para descubrirlas. Al insertarlas en la genealogía de Jesús, Mateo nos quiere decir que el Mesías, el Ungido de Dios, es de la estirpe de David, de innegable origen judío, pero de un modo nuevo y sorprendente, ya que entre su ascendencia están todas estas mujeres que, sin ser parte de Israel, entraron a formar parte de la historia de la salvación de un modo inesperado. El evangelista reconstruye el pasado de Jesús de este modo, intencionalmente, con el fin de mostrar que la buena noticia de Dios, que viene a través de su hijo, no se cierra a Israel sino que se abre a todos los pueblos. Lo mismo dirá al final del evangelio, cuando ya resucitado envíe a sus discípulos a todos los pueblos para enseñarles todo lo que él les había dicho (28,19).

3.- El difícil equilibrio entre la excelencia moral y la acogida de la incapacidad

Como hemos dicho anteriormente, la ética es otro de los aspectos importantes para todo grupo, ya que parte de la identidad se construye sobre las bases de un estilo de vida compartido por todos sus miembros. Esto también lo encontramos en Mateo aunque, como veremos, el evangelista hace una propuesta ética peculiar.

Mateo propone un estilo de vida perfecto, la excelencia moral. Como veíamos anteriormente a propósito de las antítesis del Sermón del Monte, seguir a Jesús significa comportarse como Dios se comporta, ser como Dios es: amar a los enemigos, querer tanto a los buenos como a los malos, a los justos y a los injustos (cf. 5,43-48). Sin embargo, junto a este horizonte exigente, nos encontramos con otros textos que parecen contradecir esta propuesta de excelencia o, al menos, matizarla. Uno de ellos es la parábola del trigo y de la cizaña, que no la recogen ni el resto de los sinópticos ni el evangelio de Juan. Dice así:

Otra parábola les propuso, diciendo: «El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña. Los siervos del amo se acercaron a decirle: “Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?”. El les contestó: “Algún enemigo ha hecho esto.” Le dicen los siervos: “¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?”. Les responde: “No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero”» (Mt 13,24-30)

Esta parábola muestra una gran sabiduría: la exigencia tiene que ir acompañada de una actitud de acogida cordial cuando no se es capaz, cuando no se llega a cumplir lo deseable. Y esto tanto de cara a uno mismo como de cara a los demás. La experiencia nos dice que generalmente no logramos comportarnos tal y como nos gustaría, que nuestro seguimiento de Jesús se topa una y otra vez con la piedra de tropiezo que somos nosotros mismos. Así, Mateo nos dice: el seguidor de Jesús tiene que aprender a acoger también eso, que dentro de cada uno hay trigo y cizaña. Y lo mismo de

cara a los demás. Una comunidad que se marca el alto ideal de vida del Sermón del Monte corre el peligro de establecer distinciones entre sus miembros: los que se creen perfectos y aquellos que no lo son tanto. Muchas veces la exigencia hacia uno mismo va acompañada de exigencia hacia los demás, en rigidez y en juicio. En esta situación Mateo afirma nuevamente que los seguidores de Jesús no son sólo los que se distinguen por la excelencia moral sino aquellos que son capaces de acoger sin reservas los diferentes ritmos. El juicio no les corresponde a ellos sino, en todo caso, a Dios el último día. En el hoy de la historia “lo perfecto” es, precisamente, aceptar que “no todo es perfecto”.

Otra parábola, que de nuevo es propia de Mateo, sugiere un mensaje similar: la parábola de los obreros de la viña, que dice así:

En efecto, el Reino de los Cielos es semejante a un propietario que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercia y al ver a otros que estaban en la plaza parados, les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.” Y ellos fueron. Volvió a salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. Todavía salió a eso de la hora undécima y, al encontrar a otros que estaban allí, les dice: “¿Por qué estáis aquí todo el día parados?” Le dicen: “Es que nadie nos ha contratado.” Les responde: “Id también vosotros a la viña.” Al atardecer, dice el dueño de la viña a su administrador: “Llama a los obreros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.” Vinieron, pues, los de la hora undécima y cobraron un denario cada uno. Al venir los primeros pensaron que cobrarían más, pero ellos también cobraron un denario cada uno. Y al cobrarlo, murmuraban contra el propietario, diciendo: “Estos últimos no han trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el calor.” Pero él contestó a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?”. Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos» (Mt 20,1-16)

El propietario de la parábola es anómalo, ya que su mayor propósito no es la rentabilidad ni su propio beneficio, sino que todos tengan trabajo. Curiosamente, sólo informa a los primeros de la cantidad que van a cobrar: un denario, lo que se obtenía en la época por un día de trabajo. A los segundos simplemente les dice que obtendrán “lo que sea justo” y lo mismo a los de la hora nona. A los últimos, a los de la hora undécima, nada les dice del jornal. En el momento del pago, el propietario decide que los primeros en cobrar sean los últimos. Al terminar de leer la parábola se comprende el motivo: de esta manera se asegura que los que comenzaron a trabajar en la mañana estén presentes. Lógicamente o, al menos, según nuestra lógica, estos se indignan al comprobar que todos cobran lo mismo, algo que el propietario condena de inmediato, puesto que él puede hacer lo que quiera “con lo suyo”.

Esta parábola va dirigida a los creyentes de la comunidad de Mateo que viven con un alto nivel de exigencia: han comenzado a trabajar duramente desde el principio y, consecuentemente, esperan una recompensa mayor que los menos esforzados. A estos se dirige el evangelio, afirmando que el seguidor de Jesús es aquel que hace lo

que hace y vive lo que vive gratuitamente, sin esperar nada a cambio. De ahí que no le importen las recompensas, ni las que recibe él ni las que reciben los demás. En el fondo, se trata de aprender de Dios, un Dios bueno que no sabe de metros ni medidas, cuya justicia desborda los límites de la nuestra.

4.- La cruz de Jesús, una nueva posibilidad de vida para todos

A continuación vamos a prestar atención a los elementos propios del relato de la Pasión del evangelio de Mateo; es decir, nos fijaremos en lo que él pretende destacar que, como veremos, tiene relación con mucho de lo dicho hasta ahora: el conflicto que vive la comunidad con el judaísmo de su tiempo y la llamada a la apertura al mundo gentil. Dado este propósito, no abordaremos temas muy importantes de la historia de la Pasión, como son la necesidad de los primeros creyentes de dar sentido a la cruz de Jesús, las implicaciones de esta para repensar la imagen de Dios y su presencia en la historia, es decir, un Dios que no ejerce su poder, que acoge sin reservas las consecuencias históricas del rechazo del evangelio de Jesús, etc.

En este momento nos interesa, por tanto, el hecho de que Mateo culpe más al pueblo judío de la muerte de Jesús que al Imperio Romano, aunque posiblemente esto no responda a la realidad histórica. Como venimos afirmando, esto se debe a dos razones: a los problemas con la sinagoga de su tiempo y a su deseo de justificar la apertura del evangelio al mundo gentil. Así, el evangelio hace una memoria intencionada de los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Quiere recordar los principales eventos pero de un determinado modo; es decir, los interpreta con el fin de sostener la nueva identidad de su comunidad y dirigir su misión para que amplíe sus fronteras.

En lo que sigue vamos a prestar atención a dos elementos propios de Mateo: en primer lugar, al modo en el que Pilato queda libre de la responsabilidad de la muerte de Jesús mientras que los culpables son los judíos, y, en segundo lugar, a la confesión de fe que realiza el centurión romano y los que le acompañan. Estos, paganos, quedaban fuera de la Alianza de Dios con su pueblo. Para Mateo, sin embargo, al rechazar a Jesús son los judíos los que se desligan del pueblo de la promesa, al que ahora pertenecen, por la fe en el evangelio, los gentiles.

El evangelio de Mateo insiste en cómo los sacerdotes y ancianos hacen que la gente exija la muerte de Jesús. Este dato, que ya formaba parte de la tradición de Marcos (cf. Mc 15,11), es enfatizado por Mateo al añadir de su propia pluma "¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (27,25), afirmando así que el pueblo judío afirma sin rodeos que acepta la responsabilidad de la muerte de Jesús. Por el contrario, a Pilato se le atribuye una culpabilidad mucho menor. Por una parte, su esposa es sujeto de un sueño donde le es revelado que Jesús es inocente (27,19). Los sueños son muy importantes tanto en Mateo como el tradición judía, siendo un modo frecuente de expresión de la voluntad de Dios (cf. el evangelio de la infancia, donde a José le es dado a conocer en sueños cómo tiene que proceder en todo momento para seguir el plan divino). Aunque el texto nada nos dice sobre el origen divino del sueño de la esposa de Pilato, el uso común de la imagen permite deducirlo. A ella, inesperadamente, le es revelado que Jesús es un hombre justo, un calificativo muy importante para todo judío.

Y, también de manera sorpresiva, ella acoge tal revelación, ya que es capaz de reconocer, efectivamente, que Jesús no es culpable de lo que le acusan, y así se lo transmite a su esposo. Él afirma lo mismo que ella, que Jesús es un hombre justo (“inocente soy de la sangre de este justo”, 27,24), de modo que se lava las manos, haciendo recaer la responsabilidad de la crucifixión en el pueblo judío, que se niega a reconocer a Jesús.

Unida a esta “exculpación” del representante del poder imperial que es Pilato hemos de considerar la fe del centurión romano y sus acompañantes, este último dato también propio de Mateo, ya que el evangelio de Marcos únicamente menciona un centurión (15,39). La escena de la muerte de Jesús se narra como sigue:

Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu. En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo; tembló la tierra y las rocas se hendieron. Se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos. Por su parte, el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios» (Mt 27,50-54)

Mateo enriquece la escena con motivos propios de la tradición judía: acontecimientos asombrosos como sepulcros abiertos y resurrecciones de muertos. Son imágenes que evocan lo que acontecerá en el tiempo final, cuando Dios intervenga definitivamente y todos los muertos vuelvan a la vida. Colocándolas aquí, Mateo nos dice que este tiempo ha sido inaugurado por la muerte de Jesús porque Dios lo ha reivindicado, no le ha abandonado en el sheol, en el reino de los muertos, y le ha devuelto a la vida.

Curiosamente, el centurión romano y sus compañeros son capaces de reconocer e interpretar todas estas imágenes y símbolos tradicionalmente judíos y ajenos a su cosmovisión. Confiesan a Jesús como Hijo de Dios, no únicamente al ser testigos de su muerte en cruz, sino al contemplar todos estos signos que la acompañan. Ellos, como la esposa de Pilato, son capaces de reconocer las señales de Dios. Ellos son también destinatarios de la Buena Noticia del evangelio de Jesús. Esto es lo que quiere mostrar Mateo al narrar esta escena.

5.- Conclusión

El evangelio de Mateo se pone por escrito en unas circunstancias en las que el judaísmo, después de la guerra del año 70 d.C., ya sin Templo y sin Ciudad Santa, tiene que definirse de nuevo a sí mismo tras haber perdido buena parte de sus principales elementos de su identidad. A partir de este momento, en su seno, hasta ahora muy plural, va ir prevaleciendo paulatinamente la línea farisea, que se articula en torno al cumplimiento de la Ley. Es con este judaísmo naciente con quien van a entrar en conflicto los creyentes para los cuales fue escrito el evangelio. Ambos grupos reivindican ser el pueblo elegido por Dios y quien interpreta correcta y legítimamente las Escrituras de Israel. Esta polémica va a influir notablemente en la manera en la que Mateo presenta la historia y el ministerio de Jesús, ya que mediante esta presentación pretende sostener la identidad, la fe y la misión de su comunidad.